



Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 3, Número 6, 2013

ALLEVI, José Ignacio (CONICET-CESOR/UNL)

Reseña

FERNÁNDEZ, Sandra (dir.) *La ciudad en movimiento. Espacio público, sociedad y política. Rosario 1910-1940*, ISHIR-CONICET, Rosario, 2012, pp.196

La obra colectiva consignada en la presente reseña reúne una miríada de trabajos enmarcados en el PIP-CONICET “Sociedad, espacio público y Estado. Rosario 1910-1940”, encabezado por la Dra. Fernández. A modo de inicio, cabe destacar dos características fundamentales que atraviesan la obra. Por un lado, el enfoque historiográfico *regional*, campo particularmente desarrollado desde el Instituto de Investigaciones Socio Históricas y Regionales de Conicet (ISHIR), y al cual Sandra Fernández en particular ha realizado considerables aportes¹. En segundo término, la obra, que cuenta con ocho capítulos, evidencia una diversidad de temáticas atravesadas por vector de los procesos de cambio y transformación experimentados por Rosario en el período consignado. Asimismo, ello constituye fiel reflejo de la heterogeneidad del equipo de trabajo conformado en torno al PIP y al ISHIR; ella representa, junto a la rigurosidad analítico-conceptual, su fortaleza historiográfica.

El primer capítulo corresponde a Sandra Fernández, y se aboca al estudio de las configuraciones relacionales que se evidencian y forjan en torno al “Primer Congreso del Comercio Argentino”, llevado a cabo en 1911 en la ciudad de Rosario. El mismo es caracterizado como “atípico” por la autora, en tanto expresión asociativa que combinó una trama de prácticas formales e informales que permitieron a sus organizadores urdir solidaridades corporativas desde distintos planos. En este sentido, al mismo tiempo que una conmemoración del Centenario, el Congreso constituyó asimismo una instancia constructiva de la

¹ FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela (comp.) *Lugares para la Historia. Espacio, Historia regional e Historia Local en los estudios contemporáneos*. Rosario. UNR Ediciones. 2001; FERNÁNDEZ, Sandra (comp.) *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones*. Rosario. Prohistoria. 2007; “El revés de la trama: contexto y problemas de la historia regional y local”. En, BANDIERI, Susana, BLANCO, Mónica, BLANCO, Graciela (coord.) *Las escalas de la Historia comparada. Tomo II: cuestiones regionales y estudios empresariales*. Buenos Aires. Miño y Dávila. 2008

Recibido con pedido de publicación 27/09/2013

Aceptado para publicación 21/10/2013

Versión definitiva recibida 25/11/2013
--

legitimidad social ciudadana del grupo impulsor –la burguesía local-, y puede enmarcarse en el correlato que los médicos rosarinos emprendieron para gestar un Hospital e Instituto de Enseñanza “del Centenario”. Estos dos casos constituyeron, explica Fernández, expresiones cabales de las variadas formas en que era posible de gestionar y articular espacios de circulación y construcción de capital social. Por otra parte, dicho estudio se inscribe en un *continuum* temático ampliamente desarrollado por la autora que refiere a la particularidad del caso rosarino -y su burguesía- en sus usos del espacio público como ámbito privilegiado de acción, con proyectos temporalmente delimitados, en la interpelación al Estado, en una arena político-institucional prácticamente vedada. La Bolsa de Comercio se erigía en este entramado como un espacio especialmente poderoso en lo económico y denso en lo sociabilizar. A partir de una consistente descripción del conjunto de los festejos, sus organizadores y sus pertenencias, Fernández logra resumir la importancia de los estudios sobre sociabilidades que trasciendan los marcos institucionales para observar cómo estas prácticas constituían medios de interpelación al Estado –especialmente cuando su participación resultaba ocluida en lo concreto-, además de evidenciar la amplitud de intereses desplegados en la constante construcción del capital social de dichos sujetos.

El segundo capítulo de la obra fue encarado por Pablo Alvira, quien analiza, en un caso concreto, la metamorfosis que las formas del asociacionismo experimentaron a principios del siglo XX, orientadas hacia el anclaje territorial antes que étnico. La originalidad de su estudio reside en que, a contramano de la tendencia de Buenos Aires –mayormente estudiada- que evidenció un viraje de dichos espacios hacia el fomentismo para el período de entreguerras, el *Centro Progresista Barrio Echesortu* de Rosario, fundado en 1907 se constituyó en un ámbito de este tipo en la canalización de demandas de nuevos habitantes del ejido urbano rosarino, combinando tanto actividades culturales (un cinematógrafo, actividades teatrales y una biblioteca) como de fomento barrial. La articulación progresismo-educación, explica Alvira, resultaba una constante en las actividades y las representaciones sobre las mismas, destacándose en este sentido las conferencias del Ateneo Popular del Rosario, actividades de neto corte socialista. La lectura de este espacio es realizada por el autor desde la postura sugerida por Diego Roldán, quien entiende que dichas asociaciones operaban como instancias de control del municipio sobre los vecinos, antes que como ámbitos de demanda de servicios. Ello aconteció en el marco del proceso de transformación urbana de la ciudad “fenicia”, con la incorporación de nuevos barrios, desde los cuales se promovieron una serie de acciones tendientes al mejoramiento barrial, ya sea desde peticiones dirigidas a la Intendencia, al Concejo Deliberante o, más informalmente, a las empresas privadas. Las mismas, explica Alvira, no constituían solicitudes aisladas, sino que más bien se insertaban en una particular trama que permitía acceder de forma más aceptada a las instancias estatales. En efecto, los principales empresarios inmobiliarios que impulsaron la expansión urbana y el loteo, personajes con amplias tramas vinculares con figuras partidarias y del Concejo eran miembros honorarios del Centro Progresista. A partir de un sucinto examen de la actividad desplegada por el Centro, el autor identifica una dilución de su presencia hacia la década del treinta ante la preponderancia del asociacionismo de base y de los clubes, que pugnaban por la transformación material y cultural del barrio.

En el lugar del tercer capítulo encontramos la contribución de Ronen Man, quien combina con agudeza el estudio de tramas corporativo-sociabilares en Rosario, atravesadas por el proceso general de profesionalización del urbanismo como saber del Estado, dando lugar a un “urbanismo patriótico” local durante la década del veinte. Como se encarga de demostrar el autor, estos acontecimientos dan cuenta de una serie de procesos distintos que terminan por concatenarse, sin perder por ello su especificidad, observando así profundas transformaciones en el imaginario local que caracterizó hasta entonces a la ciudad fenicia como ciudad cosmopolita y abierta. En el contexto de un pujante crecimiento material y del mercado inmobiliario de la urbe, el trazado urbano se vio intensamente modificado, dando lugar al desarrollo de espacios de intervención a profesionales y operadores locales en la definición del perfil urbanístico. Retomando la propuesta de Ana María Rigotti, Man explicita dos perfiles de ciudad delimitados hacia 1909: uno expansivo y extensivo a los suburbios, y otro concentrado en el centro y la línea costanera. Ahora bien, dichos proyectos contrapuestos se vieron asimismo inmersos en el cambio de paradigma urbanístico, que viró de una matriz artística y paisajista a otra más funcional y estrictamente “urbana”. En esta dinámica, el autor pone en discusión el derrotero en las iniciativas por el embellecimiento de la ciudad desde mediados de los veinte, y la correspondiente inserción de actores locales así como de nuevos actores legitimados en función de su capital cultural. Instancias corporativas locales y específicas –como el Centro de Ingenieros, Arquitectos y Agrimensores Titulares- adquieren una preponderancia en el proceso, y ciertas figuras comienzan a operar roles destacados en él. Así, por caso, vemos el rol de Guido, Farengo y Della Paolera en la conformación de la Comisión para un Plan Regulador y de Extensión, y la oposición al mismo encontrada en el Concejo.

Otro punto relevante en el abordaje del capítulo gira en torno al problema de la construcción de una herencia simbólico-historiográfica y legitimatoria para la ciudad fenicia en expansión, un imaginario particular para la ciudad en su “bicentenario”. Man identifica, así, los esfuerzos y preocupaciones de los “intelectuales” locales hacia mediados de los veinte por construir alguna representación urbana digna de ser recordada, y, ante su inminente ausencia, se precipita un viraje hacia elementos simbólicos de corte católico, como ser la conmemoración de la Virgen del Rosario, aunados con los festejos hispanistas del 12 de octubre. Por otro lado, en este contexto de discusiones se inscribieron los conflictos suscitados alrededor de la construcción de la Estación del Ferrocarril Central Argentino, que Man entiende como “catalizador de una coyuntura”. Los mismos son reconstruidos con maestría por el autor, puesto que hace visibles conflictos que agrupaban facciones políticas, profesionales, “intelectuales” e incluso los intereses de la misma empresa, todo ello en un diálogo entre distintas instancias, lo estatal municipal y nacional y lo privado. Un punto nodal en el relato de Man, entonces, está dado por la reconstrucción sucinta de una densa red de relaciones que constituyen una trama que articuló intereses privados, profesionales y públicos, y de cuyo resultado emergieron una miríada de instituciones que pivotaron en estos registros; y desde las cuales puede apreciarse la circulación de cuadros considerando, entre otros, el Departamento (municipal) de Obras Públicas, el Concejo Deliberante, el Centro La Propiedad, la Junta de Historia y Numismática Americana de Rosario, Centro de Ingenieros, Arquitectos y

Agrimensores Titulares, la Liga Patriótica Argentina, la Asociación Patriótica Amigos del Rosario y la Universidad Nacional del Litoral, etc. Asimismo, retoma la Asociación Patriótica Amigos del Rosario, principalmente por constituir una instancia de acción civil bajo postulados ubicados en un plano intelectual de entreguerras, y alejados, por tanto, del ideario que caracterizó a la ciudad hasta principios del siglo XX. En un intenso debate entre el Concejo Deliberante y las propuestas de una miríada de instituciones vinculadas al negocio inmobiliario, lo que estaba en juego, explica Man, era la reapropiación del espacio del centro y la costa urbana, para promover su valorización (y en esto también se articulan los debates sobre la nueva estación de FFCC). En el trajín del debate, el autor destaca –en base a investigaciones previas–, una particular iniciativa de presión simbólica sobre el Estado municipal y la opinión pública –estrictamente *lobby*–, como lo fue el film realizado por los hermanos Micheletti –destacados arquitectos locales– hacia 1934-35, desde el cual buscaban instalar la opinión sobre la necesidad de incorporar nuevas zonas loteadas y suburbios. Por último, Man enmarca agudamente el conjunto de las disputas en el marco de las transformaciones políticas que acontecían en la ciudad, en especial desde la sanción de una nueva Carta Orgánica Municipal hacia 1932, el acercamiento entre el PDP y la UCR, y, de crucial importancia, las vinculaciones que sus políticos establecían por fuera de las estructuras partidarias, reconstruidas por el autor.

Diego Roldán afrontó el cuarto capítulo de la obra con “*Diseminación verde. Plazas y pequeños espacios libres en Rosario durante la entreguerras*”. En una línea de trabajo historiográfica en la que ha dejado su impronta, el autor propone una concisa reflexión tanto sobre los usos y regulaciones del tiempo libre, como sobre la *agencia* del vecinalismo en su gestión ante las autoridades. En esta dinámica, persigue su objetivo a partir de un seguimiento de las iniciativas “desde abajo” en algunos barrios rosarinos, recepcionadas desde mediados de la década del treinta por la esfera del Estado provincial y municipal, en el marco de las transformaciones acaecidas en los mismos. Focaliza su atención, en particular, en la emergencia de espacios descentralizados promovidos, como dice el autor, “entre la hegemonía del Parque Independencia y la polifonía de los espacios verdes de los años 1940s” (p. 80). Recuperando el *continuum* de reclamos y pedidos de infraestructura vinculada a los espacios verdes que desde principios del '20 emprendieron tres de las nuevas periferias incorporadas a la urbe –Alberdi, Belgrano y Sáenz Peña–, Roldán lee agudamente las transformaciones de las plazas en estos espacios suburbanos no sólo desde la valorización inmobiliaria, sino también atendiendo a la forma en que los cambios en su organización del espacio constituyó un reflejo de preocupaciones en torno a la construcción saludable de los cuerpos, en un viraje performativo desde una estética del espacio a una estética de corporalidades deseables. A partir de abordajes eugenésicos y metáforas organicistas, la cultura física y las “necesidades” demográficas de los barrios para estimular el correcto crecimiento de su población confluían, así, en los nuevos postulados que redefinían estos espacios. Por otro lado, estas formaciones socio-espaciales periféricas se constituyeron, explica el autor, como “subsistemas urbanos integrados, aunque no completos” (p. 86), en especial por el aislamiento recíproco entre el centro y el resto de la ciudad, lugar desde el cual los barrios construyeron identidades propias, sustentadas en la privación. El capítulo avanza, por otra parte, sobre las iniciativas estatales

municipales que, en un marco de cambios hacia fines de la década del treinta, fue progresivamente incorporando estos intereses ciudadanos, reflejados en la creación de una serie de instancias, como la Comisión de Peticiones y Cultura Física y Deportiva, hacia 1938. Roldán no descuida, por otra parte el tema de la regeneración a partir del espacio verde, el cual era concebido en clave moralizante, como un intento de sanear material y simbólicamente los espacios vinculados a instalaciones productivas y comerciales en decadencia, así como resguardo de la niñez de la calle como espacio de peligro social. El cierre está dado por el panorama que los '40s ofrecen: la consolidación de un consenso en torno al carácter regenerador del espacio verde como forjador de civilidades y corporalidades aceptables y puras.

“Ciudad y vida. Planificación sanitaria, espacio y municipio. Rosario, 1925-1927” es la subsiguiente contribución que debemos a Cecilia Pascual. Allí, la autora emprende un penetrante análisis en clave biopolítica de las discursividades procedentes del municipio y la prensa local en torno a la higiene y la salubridad pública, en las cuales lee críticamente la presencia cabal de una “operatoria de la población” como gobierno de “los otros”. Remontándose a los fines del siglo XIX –específicamente desde la epidemia de cólera de 1886- y los primeros años del XX, Pascual reconstruye una deriva de los postulados que guiaban la forja de un imaginario social y biopolítico específico en torno a la ciudad y la enfermedad, que a mediados de la década del veinte será expresado fielmente en las bases del plan de infraestructura y salubridad elaborado por el intendente Manuel Pignetto, médico higienista. Allí, la autora observa no sólo las evaluaciones hechas en torno al devenir de la urbe, sino también las capacidades administrativas del municipio como ámbito de “gobierno” de los cuerpos de la ciudadanía -en particular a partir de los dispositivos de salubridad-, así como de medicalización de los “problemas” sociales. A partir de su análisis discursivo, Pascual descubre cómo el individuo, en tanto tópico tematizable, emerge desde su patologización y que la práctica médica profiláctica se encontraba cargada de un fuerte contenido “ortopédico”, en el particular cruce entre eugenesia, higiene y profilaxis que el Plan evidencia.

Una interesante propuesta nos acerca el capítulo emprendido por Paula Caldo, el cual aborda una historia sociocultural de la cocina, en clave regional. En una erudita lectura sobre el hambre como problema teórico y social, la autora sitúa el foco de su interés en torno a una iniciativa editorial concreta: recetarios de cocina impresos por Alfonso Longo en Rosario, decisión que le permite poner en primer plano el proceso de materialización escrita de una práctica social básica, como es la gestión del alimento. Este proceso, afrontado exhaustivamente en lo teórico por la autora, es leído en una clave que articula el problema de la plasmación escrita y rastreo de lo culinario como práctica social fundamental, junto al tópico del desarrollo de las prácticas de lectura y las industrias culturales, en particular la gráfica, en la Argentina. A partir de un rastreo prosopográfico de la figura de Longo –el editor, inmigrante italiano-, Caldo evidencia cómo éste fue capaz de poner en circulación recetarios europeos en un contexto local, a partir de sus propias relecturas y de la adaptación/adulteración de prescripciones culinarias a las prácticas locales, en el contexto urbano del veinte, con la emergencia de “nuevos ricos”, y el interés colocado sobre las mujeres de estas familias como foco de prescripciones. En este sentido, la autora no desconoce el carácter performativo que este tipo

discursos cargaban, e identifica, en una intensa lectura comparativa de tres recetarios “clandestinos” editados por Longo –adulterados respecto a los originales-, ciertos tópicos propositivos en torno a formas de cocinar, que al mismo tiempo constituían formas de regular cuerpos y praxis. Dos grandes cuestiones emergen del análisis de la autora. Por un lado, la apropiación práctica de un saber como el culinario, lo cual pone en vilo la “propiedad intelectual” de las recetas; y en segundo término, el factor ubicuo que reviste la deslocalización y relocalización de las recetas en espacios extraños, con climas y prácticas “otras” que modularon la redacción de los nuevos recetarios. Una exploración, por último, sobre las gramáticas que caracterizaron estas ediciones le permite a la autora observar la historicidad del fenómeno culinario observando, en este sentido, que *“la cocina se transforma en un registro etnográfico susceptible de ser capitalizado en el estudio de las formas de experimentar la vida cotidiana y la sociabilidad en el pasado”* (p. 132).

Los últimos dos capítulos de la obra abordan el tópico del arte con distintas dimensiones de la realidad sociopolítica e intelectual rosarina. El primero de ellos corresponde a Sabina Florio, quien estudia la confluencia de esferas en la constitución de un espacio específico para el arte en Rosario durante la primera mitad del siglo XX. Con dicho objetivo, la autora remite a los inicios de la formación educativa en arte desarrollada en la ciudad fenicia, principalmente desde las escuelas de “maestros” extranjeros allí radicados –espacios donde circulaban distintas vanguardias artísticas- complementadas con sociabilidades de café, la publicación de revistas culturales y los contactos con asociaciones como El Círculo, que operaron como instancias desde las cuales gestionar socialmente el primer Salón de Otoño y la apertura del Museo Municipal de Bellas Artes en 1920, eventos que constituyeron la plasmación institucional de una miríada de exposiciones privadas acaecidas entre miembros del grupo en cuestión. Florio no desestima, por otra parte, la importancia de los viajes de estudio en la formación académica y artística –y en la difusión de estilos, español y francés principalmente- de quienes serían las principales figuras locales, así como sus implicancias en la construcción de una perspectiva regional de la cultura, algunos con reconocimiento nacional, entre los que encontramos a Emilia Bertolé, Alfredo Guido y Manuel Musto. En este sentido, las propuestas de algunos de los representantes –como Musto, Guido, Cochet y Schiavoni- es puesta en diálogo con sus vinculaciones personales, sus estudios, su inscripción social local, su vida diaria. Por otro lado, la autora lee en dicho proceso la gestación de un espacio desde donde disputar localmente sentidos de las tendencias artísticas barajadas a nivel nacional, a partir de la inserción de la ciudad en los círculos nacionales. Clave en esta dinámica fue la conformación de asociaciones específicas como Nexus, la Agrupación de Artistas Plásticos “Refugio” o la Mutualidad Popular de Estudiantes y Artistas Plásticos de Rosario, que, articulada en torno a la figura de Antonio Berni, organizó su propia Escuela Taller interdisciplinaria y rupturista respecto a las tendencias y formas de consumir el arte preponderantes. A las mencionadas cabe agregar la aparición la Agrupación Arte Nuevo de Zona Norte (1936), de Los Nueve (1936) y de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos (1937). A fines de la década del 30, explicita Florio, una serie de eventos darán cuenta de un progresivo proceso de profesionalización del campo artístico. Por un lado, la disolución de la Comisión Municipal de Bellas Artes y su reemplazo por la Dirección Municipal de Cultura, con Manuel Castagnino como su presidente.

Por otro, la inauguración, en el mismo año, del nuevo Museo de Bellas Artes Juan B. Castagnino –construido por las donaciones de su viuda- bajo la dirección y secretariado de Hilarión Hernández Larguía, arquitecto de la obra, y Julio Vanzo. Desde sus primeros Salones en 1938 la institución contribuyó a la profesionalización del campo artístico, a la difusión, así como al incremento del patrimonio de la misma, sin descuidar que propició un renovado espacio de sociabilidad de la elite rosarina. En este sentido, la Dirección de Cultura Municipal siguió una estrategia de muestras homenaje a artistas locales junto al dictado de cursos y conferencias en diálogo con el Museo Nacional de Bellas Artes, y a al desarrollo desde 1939, de un Museo de Reproducciones Gráficas, un recorrido por obras del arte universal que circuló en préstamos por entidades de otras ciudades del país, evidenciando, así, sus vínculos. El año final de la década estuvo acompañado de una intensa relación entre la Dirección del Cultura Municipal, el Museo y las expresiones locales del antifascismo, en particular desde el vínculo generado con el Colegio Libre de Estudios Superiores y la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). En esta tónica, se intercalaron en fluido diálogo exposiciones de obras pictóricas junto a conferencias. La autora cierra el capítulo con el viraje que la política cultural rosarina tuvo con el advenimiento del golpe de 1943 y luego del Peronismo. Con la intervención de la dirección de Cultura Municipal en 1944 y el cambio de autoridades en 1946, los principales impulsores y forjadores de la autonomización y democratización del campo artístico en Rosario –Hilarión Hernández Larguía y Manuel Castagnino- se abocaron a la gestión y concreción de espacios privados como amigos del Arte de Rosario y Artistas Plásticos Independientes -devenido luego en Plásticos Democráticos y más tarde en Grupo Litoral.

El segundo capítulo vinculado a la temática del arte, y que cierra esta obra colectiva, corresponde a Jimena Rodríguez, quien analiza los cruces entre lenguaje artístico y política, en particular en torno al Partido Comunista Argentino. Para ello, se centra en la obra de Anselmo Piccoli entre los treinta y los cuarenta, e inserta su objeto en el marco del problema historiográfico que aborda el surgimiento de nuevas generaciones de artistas vinculadas íntimamente al PCA, y cuyas obras constituyeron una singular articulación del arte en diálogo con el compromiso y la crítica social. La experiencia de *La Mutualidad* encabezada por Berni es clara en este sentido. Un aspecto central en el proceso –abordado profusamente en el capítulo previo- está dado por las relaciones que dichos artistas sostuvieron con los sectores dominantes locales que hegemonizaron los organismos clave en la conformación del *campo* local del arte. En este sentido, la originalidad de los artistas rupturistas vino dada por la distancia que buscaron marcar respecto de las vanguardias que le eran contemporáneas, marcando una agenda de temas, vocabularios y géneros pictóricos propios, que en el caso de Piccoli estuvieron signados por el realismo moderno en cuanto al vocabulario, y al paisaje y el retrato como sus géneros privilegiados. El rol central de la Mutualidad en el proceso, explica Rodríguez, merece ser destacado, en tanto espacio cuya función “celular”, acorde a la estrategia del PCA, operó como instancia disruptiva a partir de una redefinición de los tópicos y el vocabulario plástico de representación, desde los cuales erigió al pueblo como público fundamental de sus obras. Por otra parte, la autora no descuida las estrategias de inserción de estos grupos en los espacios de legitimación del campo artístico, en plena construcción. La cultura

visual de la época estaba marcada por una subjetividad de entreguerras, y en este sentido, la autora busca una mayor inteligibilidad en el concepto de “figuraciones críticas” (Malosetti Costa), en tanto las obras buscaban distanciarse de los regímenes políticos contemporáneos. Las transformaciones del campo artístico de los años '30, y al clima “modernizador” de los primeros '40, abordados en el capítulo previo no pasan desapercibidos, considerando aquí no sólo la fundación del Museo Castagnino en Rosario, sino también las iniciativas civiles locales de instancias nacionales (AIAPE y SAAP) y aquellas provenientes de la esfera provincial, como la Escuelas provinciales de Artes Plásticas y la Comisión Provincial de Cultura. En resumen, Rodríguez nos ofrece un panorama de las transformaciones del vocabulario artístico desde el análisis de un caso singular, y enfatizando al necesidad de articular múltiples variables para su abordaje.

